La existencia del Diablo pertenece a la revelación del Nuevo Testamento

por Fr Ceslas Spicq OP

"El mal en este mundo
es de origen angélico,
y no puede expresarse
en lengua humana"
León Bloy

Desde comienzos del siglo III, el ritual del bautismo implicaba una fórmula de abjuración, mantenida en el XX bajo la forma siguiente: «Renuncio a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y me consagro a Jesucristo por siempre jamás» (Tertuliano, De Corona, 3; cf. Constitución apostólica, VII, 41). Las «pompas» de Satanás son sus compañeros de rebelión y de castigo: «el Diablo y sus ángeles» (Mateo 25,41). La iconografía cristiana los ha representado en pinturas y esculturas, especialmente en los tímpanos y los capiteles de las iglesias, presentándolos como seres deformes, feos, gesticulantes y atormentados. En el transcurso de los tiempos, la demonología se ha visto enriquecida por un folklore pastoril y popular considerable que atribuía al Diablo las intervenciones más diversas, incluso descabelladas, siempre maléficas; de tal modo que el espíritu crítico del siglo XX y, ante todo, el simple buen sentido han acabado por rechazar pura y simplemente esta imaginería religiosa. Algunos llegan hasta a pensar que la existencia del Diablo no forma parte del «depósito de la fe» recibido por los Apóstoles. Para saber de qué se trata, el mejor medio consiste en releer los textos del Nuevo Testamento y discernir lo que ellos enseñan sobre el Diablo (término griego que significa: acusador, maldiciente, calumniador) o Satanás (término hebreo que significa: adversario, enemigo, acusador). Estas palabras, ¿son restos de tradición judía sin contenido teológico propiamente dicho, o, por el contrario, expresan —como lo veremos— una «diabología» densa y singularmente coherente, esencial al contenido de la Nueva Alianza?

La importancia del Diablo en la historia de la salvación queda ya establecida por su primera mención en los Evangelios (Mateo 4, 1-11; Lucas 4, 1-13). Inmediatamente después de su bautismo, Jesús es llevado al desierto para ser «tentado por Satanás», cuando queda extenuado por un ayuno de cuarenta días. Es el primer enfrentamiento entre Satanás y Jesucristo (Marcos 1, 12-13) y una especie de preámbulo a la misión del Salvador, una lucha singular entre dos seres que reivindican por completo el imperio de los hombres. He aquí cómo se presentan las cosas. Por los «Relatos de la infancia» de Jesús y el acontecimiento del bautismo, Satanás sabe que Jesús es un hombre

excepcional, y que Dios lo ha investido de una dignidad sobrenatural. Es, probablemente, el Mesías, incluso tal vez el propio Hijo de Dios. ¿Cómo asegurarse de ello, a no ser haciendo que se descubra y emplee de manera desordenada su poder: «Si eres hijo de Dios»? Satanás se esfuerza en inducir a Jesús al mal, excitando la vanidad de un taumaturgo que haría milagros con el fin de desplegar su poder y obtener la admiración de los hombres. La lucha entre el tentador y el tentado se desarrolla en tres asaltos, de los que Jesús sale siempre vencedor, sin pactar de manera alguna con su adversario, mientras que éste le propone legarle su poderío sobre el mundo; sin los riesgos de la lucha, pero a condición de reconocer a Satanás, al igual que un vasallo respecto de su señor. Claramente, se trataba de convertir a Jesús al mesianismo temporal y político del judaísmo contemporáneo, compartido en gran parte por los Apóstoles hasta la iluminación interior de Pentecostés. En el siglo I se esperaba un Mesías rey que reinase y triunfase sobre los enemigos de Israel, y que asegurase a su pueblo la prosperidad, la seguridad, la felicidad en este mundo, la supremacía sobre las naciones paganas. ¿Cómo Jesús no habría de ser tentado de asumir sin esfuerzo este papel glorioso? Escapaba entonces a la Pasión y a la «contradicción» de parte de los hombres (Hebreos 12,3). Pero por una parte ello suponía sustraerse a la voluntad de Dios, y por otra no salvar a los pecadores, ya que «sin efusión de sangre no hay remisión» (Hebreos 9,22). Vencido por Satanás, Cristo traicionaba su vocación. Además, el Señor toma en serio al Diablo. Lo considera como su antagonista, el adversario por excelencia del Reino de Dios que de entrada quiere impedirle que cumpla su misión divina, y que seguirá sugiriendo ideas falsas entre los discípulos. He aquí por qué Jesús tuvo que revelar por sí mismo a sus Apóstoles este primer ataque del Diablo, que no es una ficción didáctica sino una realidad histórica. Ataque que estremeció profundamente a la primitiva Iglesia, admirada de que el Hijo de Dios hecho hombre hubiese sido tentado al igual que nosotros (Hebreos 2,18; 4,15), es decir para elegir entre su felicidad humana y la fidelidad a la voluntad de Dios.

Este relato de la «tentación de Jesús» es rico en enseñanzas sobre la naturaleza del Diablo y, ante todo, sobre *su poder*, que se opone al de Dios (Hechos 26,18). En efecto, Satanás le muestra a Cristo «todos los reinos del mundo y su gloria, y le dice: «Todo esto te daré si postrándote me adoras». (Mateo 4, 8-9). Los hombres están sometidos a Satanás en razón del pecado (1 Juan 3,8: «Quien comete el pecado es del Diablo»), están sometidos a Satanás que posee un imperio inmenso (Mateo 12,26; Apocalipsis 13,2). Así pues, su dominación es universal; tal como se lo expresa en Romanos 6,16: «os hacéis esclavos de aquel a quien obedecéis» y en 2 Pedro 2,19: «uno queda esclavo de aquel que le vence». Jesús calificará a Satanás con el título de «Príncipe de este mundo» (Juan 12,31; 14,30; 16,11) y san Pablo con el de «dios de este mundo» (2 Corintios 4,4; cf. Efesios 2,2). Más aún, Satanás es el «Príncipe de los demonios» (Mateo 9,34), es decir, el primero de todos los ángeles caídos. Con el fin de expresar su autoridad suprema, el Apocalipsis lo representa como un dragón sentado en un trono (2,13), poseedor de «poder y... gran poderío» (13,2), con la cabeza coronada de diademas (12,3) y recibiendo la adoración de todos sus súbditos (13,3; 16,2).

Por añadidura, desde esta primera aparición en el ministerio de Jesús, el Diablo es considerado como el *tentador* por excelencia, exactamente como lo había sido en figura de serpiente, engañando a Eva con su astucia (Génesis 3,1 y ss.; cf. Corintios 11,3; 1 Timoteo 2,14), y como seguirá haciéndolo con los discípulos del Salvador (1 Corintios 7,5; Apocalipsis 2,10). Siempre se esforzará en «descarriar» a los fieles, en sustraerlos del Señorío de Cristo para arrastrarlos consigo (1 Timoteo 5,15). Su arma es siempre la misma, la que ha empleado respecto de Jesús: la astucia (2 Corintios 2,11). Es un mentiroso (Juan 8,44; cf. Apocalipsis 2,9; 3,9) que adquiere las mejores apariencias para seducir a sus víctimas. Lobo con piel de oveja (Mateo 7,15), este ángel de las tinieblas va incluso a disimularse cual ángel de luz (2 Corintios 11,14). He ahí por qué su actividad es constantemente señalada como engañosa y de extravío para las naciones o la tierra entera (Apocalipsis 12,9; 20, 2, 7, 10). Por estas razones, se opone tan radicalmente como la noche al día (cf. 2 Corintios 6,5; Juan 8,44) a Cristo, que es la Verdad (Juan 14,6; 18,37: 2 Corintios ll,10)y la Luz (Mateo 4,15; Juan 1, 4, 9; 8,12; 9,15; 12,46).

Pero la suprema importancia del relato de la Tentación consiste en oponer a Jesús y al Diablo, no sólo como dos individualidades cualesquiera, sino como dos personajes que tienen una soberanía propia y un papel que jugar en la salvación del mundo. Satanás es considerado desde ahora como el «anticristo», así como Jesús, por su lado, acaba por apoderarse del reino del Diablo: «El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del Diablo» (1 Juan 3,8). La autoridad de Aquél sobre éste aparece absoluta; Jesús, al ser de una inocencia perfecta, no ofrece ningún asidero en sí; nada hay en su persona que pueda servir de base para vencerlo o acusarlo; es, sin pecado (Hebreos 4,15) ni complicidad alguna con el mal: «el Príncipe de este mundo. En mí no tiene ningún poder». (Juan 14,30). Además, su poder es muy superior al de su adversario, expresándose en la orden: «Apártate, Satanás» (Mateo 4,10), ¡vete! Por su fidelidad a la voluntad de Dios, por su humildad y su paciencia, Jesús triunfa, allí donde el primer hombre había sucumbido. Ciertamente, no se trata sino de un primer enfrentamiento, y sobre todo en el Calvario, por la ignominia y las torturas —y no por la gloria y el éxito— es donde el Salvador destronará al Adversario. Este, hasta el fin de los tiempos, continuará atacando a los discípulos, pero éstos se agruparán y se protegerán en una Iglesia contra la que serán vanos los asaltos del infierno (Mateo 16,18).

Tan iluminadora sobre la guerra entablada entre Jesús y Satanás, y el triunfo de aquél sobre éste, es la respuesta de Jesús a la alegre exaltación de los setenta y dos discípulos que acuden a dar cuenta al Maestro de los maravillosos logros obtenidos por ellos durante su misión; han procedido a exorcismos que siempre se revelaron eficaces: «Señor, hasta los demonios se someten en tu nombre. Él les dijo: "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo"» (Lucas 10, 17-18). El Maestro ponderó el poder de los discípulos —que actuaban «en nombre» de su Señor— y les dio la profunda explicación de ello. Los setenta y dos habían mencionado la derrota de los demonios menores que se habían apoderado del cuerpo de los hombres, pero Jesús habla de su jefe supremo:

Satanás; pues éste es el gran vencido. Si las legiones de demonios retroceden y no pueden resistir, ello es porque su propio jefe ha sido afectado y ha perdido su autoridad. Hay simultaneidad y coincidencia entre la visión de Cristo y la acción de sus discípulos: mientras vosotros cazabais los demonios, mientras expulsabais a sus agentes, yo veía caer a su príncipe.

Uno se pregunta lo que Satán hacía en el cielo, pero no es necesario comprender: «junto a Dios» como lo que pudiese ser su lugar de residencia. Ya no se trata de la rebelión inicial de Lucifer y de la caída de los ángeles cómplices (Isaías 14,12; Judas 6), sino de una «caída» actual y contemporánea. La expresión es metafórica (Apocalipsis 12, 9, 13: Juan 12,31). Caer del cielo supone perder un lugar elevado (Mateo 11,23; Lucas 10,15). Más aún, según san Pablo, las capas superiores de la atmósfera están consideradas como el hábitat de los espíritus malvados. Satanás está obligado a ejercer su poder en el corazón de los hombres «en las alturas» (Efesios 6,12). Por consiguiente, la «caída» designa la abolición del reino satánico, y es completada por la comparación: «como un rayo» que, al caer, se extingue y desaparece. La idea, por lo tanto, es la de un resplandor deslumbrante que se desvanece sin poder brillar de nuevo. Resulta degradada la majestad del príncipe de las tinieblas que reinaba sobre los hombres. Es de admirar la tranquila serenidad de Jesús, cuya mirada penetra los cielos, asegurando a los suyos, que combaten a su lado, la derrota de su adversario. Al mismo tiempo, define él la naturaleza del apostolado cristiano, que no consiste en palabras, diálogos, intercambios y contactos, sino ante todo en una lucha con el Diablo: «Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal» (Efesios 6,12). El Reino de Dios llega, se aproxima, avanza en la medida en que puede hacer retroceder al reino de las tinieblas. Todo apóstol es investido de la autoridad de Jesús para abolir el reino de Satanás. Se trata de una empresa progresiva, porque el *logion* de Lucas 10, no se refiere solamente a expulsiones de demonios, sino que da la explicación general de los resultados purificadores obtenidos por los ministros del Evangelio: Satanás, desposeído de su imperio, cae de las alturas donde los pecados del hombre lo habían elevado; su tiranía es quebrada para dar lugar al reino de Dios. Pero si los discípulos pueden expulsar a los demonios «en nombre de Jesús», ello ocurre porque Cristo en persona ha vencido a Satanás, y es un Rey victorioso. Los efectos visibles de su poder, del que sacan partido los suyos, no son sino las consecuencias de un triunfo espiritual en el mundo invisible.

Jesús, Dios hecho hombre, es superior al Diablo, y limitará a su merced sus intervenciones maléficas; ora otorga a los discípulos el poder «de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo poder del enemigo» (Lucas 10,19), ora el de que «el enemigo» siembre la cizaña en su campo de trigo (Mateo 13,25), o explica con la parábola del sembrador el que los oyentes hayan escuchado la Palabra de Dios, «viene Satanás y se lleva la Palabra sembrada en ellos» (Marcos 4,15), con el fin de que ella no pueda penetrar en su corazón, enraizarse y germinar. A la voracidad del Diablo se debe el que por todos los medios se ingenie para contrarrestar la obra del Salvador.

La última y gran ofensiva de Satanás contra Jesús será la que conduzca a la condenación y a la muerte del Salvador. Y se realiza de la manera más inmunda: ¡por la traición de un apóstol! «El diablo había puesto en el corazón a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle» (Juan 13,2). Así pues, el traidor va a entenderse con los Grandes Sacerdotes sobre la manera de apoderarse de Jesús. Hacía mucho tiempo que Judas resistía a la gracia y había abierto al Diablo la puerta de su alma (Juan 6, 70-11). Poco a poco, éste se ha apoderado de este apóstol infiel; y no es que Judas haya perdido todo control sobre sí mismo, ya que podría resistir; no se trata de un caso de posesión, pero Satanás es el instigador de la traición, le impulsa o le conduce a ella, y finalmente la cumple: «Satanás entró en Judas» (Lucas 22,3; Juan 13,27), quien se convirtió en un demonio (Juan 6,70).

Habiendo engranado el proceso de la Pasión y casi seguro de su éxito, el Diablo va a esforzarse por perfeccionarlo atacando a los apóstoles, desorientados e incluso hasta desalentados por la muerte de su Maestro. Este prevé su desconcierto (Juan 14, 1, 27; 16, 6, 20, 22) y el que su crucifixión pueda escandalizar a los mejores (Mateo 11,6; 24,10; 26, 31, 33; Juan 16,1), pero, sobre todo, sabe que su Pasión será su triunfo sobre el poder del Diablo; al abolir el reino del pecado, él inaugura la era de la salvación. Conoce las intenciones de Satanás y las desbarata: «¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos». (Lucas, 22, 31-32). Satanás es el Adversario por antonomasia. Ha reclamado y obtenido el someter a los Apóstoles a las peores pruebas. En estas coyunturas, el verbo griego afirma normalmente un requerimiento coronado por el éxito, por ejemplo el solicitar que se entregue a alguien. El proyecto del Diablo parece consistir en disponer de los Apóstoles a su discreción, para arrastrarlos a una defección sin remedio. Pero no la ha obtenido; a decir verdad, no la ha solicitado, porque este resultado sigue siendo su intención secreta que no puede exponer a Dios. El objeto de su requerimiento consiste en hacer sufrir y desorientar a los Apóstoles mediante pruebas tan pesadas que puede darse por descontada su caída definitiva (ver Job 1, 11-12). Están ellas expresadas por la imagen de «cribaros», tal como se sacude violentamente el trigo en el tamiz con el fin de separarlo de la paja, de la arena o de otras impurezas. Desde luego, Satanás no apunta a esta separación purificadora, sino simplemente al hecho de sacudir en todos los sentidos, e incluso al de lastimar. Como habrá de observarlo san León (Sermones IV, 3): *«El peligro es común a todos los apóstoles, porque todos ellos son reclamados por Satanás»*, con el fin de hacerlos caer de las manos de Jesús en las suyas. Ahora bien, por su lado, Jesús ha intervenido con omnipotencia, ha rogado por sus Apóstoles y especialmente por Pedro, no para que éste sea exento de la criba, sino para que su fe no desfallezca, porque la fe de Pedro implica la salvación de los otros. Y Cristo ha sido atendido. No sólo la fe de Pedro seguirá siendo indefectible, sino que es él quien confirmará a sus hermanos en la fe, roca sobre la que se funda la Iglesia (Mateo 16,18), y a la que la vigilancia del Señor preservará contra las maquinaciones diabólicas.

De todos estos textos resulta que Satanás es un malhechor. Aludiendo a la caída del primer hombre, Jesús había dicho que el Diablo «era homicida desde el principio» (Juan 8,44), porque mediante el primer pecado suscitado por Satanás «entró la muerte en el mundo» (Sabiduría 2,24; Hebreos 2,14). San Pedro precisará la agresividad y la crueldad de este asesino, enemigo de Dios y de los hombres, con la imagen de un «león rugiente, buscando a quien devorar» (1 Pedro 5,8; cf. Apocalipsis 12,3). El diablo es como una fiera hambrienta, en busca de una presa a la que aterroriza con sus rugidos. Ora se ingenia para contrariar los proyectos de los ministros del Evangelio, multiplicando los obstáculos a su predicación: «quisimos ir a vosotros —yo mismo, Pablo, lo intenté una y otra vez— pero Satanás nos lo impidió» (1 Tesalonicenses 2,18), lo que, además, indica que el Diablo no se identifica con el mal que está en nosotros, sino que puede disponer en una cierta medida de los «acontecimientos»; ora aflige a las criaturas de Dios en su carne, como «a ésta, que es hija de Abraham, a la que ató Satanás hace ya dieciocho años» (Lucas 13, 16), o al propio san Pablo, al que «un ángel de Satanás... abofetea», instalando una astilla en su carne, un sufrimiento físico, permanente, visible y humillante, perjudicial para su apostolado (2 Corintios 12, 7); ora pervierte la conciencia de los cristianos que no saben resistírsele (Santiago 4,7) y los induce a pecar, como a Ananías: «¿cómo es que Satanás llenó tu corazón para mentir al Espíritu Santo?» (Hechos 5,3). Las intervenciones del Diablo son tan astutas y maléficas que se aprovecha de la propia virtud para cambiarla en mal. San Pablo pone en guardia a los corintios casados, acordando que se priven de su cónyuge «por cierto tiempo, para daros a la oración» (1 Corintios 7,5), pero tienen que unirse nuevamente «para que Satanás no os tiente por vuestra incontinencia». Poco después, habiéndose desarrollado en la comunidad un movimiento de insubordinación contra la autoridad de Pablo, el Apóstol habría tenido el derecho de obrar con severidad, pero comprende él que una actitud demasiado rigurosa por su parte podría suscitar calumnias, excitar la acritud, provocar disentimientos entre cristianos, y decide emplear la misericordia «para que no seamos engañados por Satanás, pues no ignoramos sus propósitos» (2 Corintios 2,11; cf. Efeios 4,27; Apocalipsis 2,24: las profundidades de Satanás).

Pero así como Jesús utiliza los proyectos homicidas del Diablo para realizar la salvación del mundo, el Apóstol —cual un juez que entregase a un culpable al verdugo— excomulga a los incestuosos de Corinto, explicando que «sea entregado ese individuo a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu se salve en el Día del Señor» (1 Corintios 5,5). Abandonar al pecador a las manos del Diablo supone excluirlo de la Iglesia y privarlo de protección. A partir de entonces, el desgraciado está sin defensa ante la maldad de Satanás (1 Timoteo 1,20). Este, cual un verdugo, va a poder herirle en su carne a placer, por medio de dolencias, de sufrimiento y de vejaciones corporales que los judíos atribuían a la acción de espíritus malvados (Job 2,7; 2 Corintios 12,7); a ello se debe el que tantas curaciones de enfermedades en los Evangelios sean expulsiones de demonios. Pero estas «penurias» pueden ser consideradas por el culpable como un justo castigo, en cualquier caso hacerle reflexionar y, finalmente, llevarlo a enmendarse; su alma se habrá salvado. Por

consiguiente, en esta coyuntura, ser entregado a las manos de Satanás no es una punición puramente aflictiva; es, sobre todo, medicinal.

De todos estos elementos resulta que el Diablo se halla a disposición de Dios, que se sirve de él como el domador de una fiera, y también que se puede discernir un esbozo de la vida de la Iglesia en el curso de los siglos. Incluso en los períodos en apariencia más pacíficos, por ejemplo el «milenio», Satanás sigue estando activo e intenta perturbar el reino de los santos; Dios lo quiere así para santificar a los suyos con la paciencia: «será Satanás soltado de su prisión y saldrá a seducir a las naciones de los cuatro extremos de la tierra» (Apocalipsis 20, 7-8; cf. 12,12). Siempre está *guerreando* contra la Iglesia militante (Apocalipsis 12,17; 13,4), bien en persona, y entonces es representado como un Dragón con la cabeza coronada de diademas (Apocalipsis 12,3), bien a través de los satélites, como la Serpiente (12,9) o la Bestia feroz (13, 1; 14,9; 19,19) que debe de ser el culto blasfematorio de los emperadores, como acertadamente lo había comprendido san Cipriano al identificar al Emperador como la Bestia *(Ad. Fort.* 12). Hay ciudadelas en las que él se instala, como en Pérgamo, «trono de Satanás» donde se multiplican los cultos idolátricos (2,13), pero nada puede contra los fieles al nombre de Jesucristo (2,13). La vida del Señor sigue desplegándose en los cristianos al mismo ritmo que tenía en la tierra, misterio de muerte y de vida, de aparente debilidad y de victoria absoluta, evocado por el *Apocalipsis* 12, 7-10: «entonces se entabló una batalla en el cielo: Miguel y sus Ángeles combatieron con el Dragón. También el Dragón y sus Ángeles combatieron, pero no prevalecieron y no hubo ya en el cielo lugar para ellos. Y fue arrojado el gran Dragón, la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero;... Ahora ya ha llegado... el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios». También aquí, como siempre, el agresor es vencido; porque no es él el más fuerte (Lucas 11, 21-22): pero lo que resulta nuevo es que el Diablo aparece no sólo como calumniador, sino como delator (cf. Zacarías 3, 1-5). En efecto, el pecado le ha conferido una especie de poder jurídico sobre aquellos a los que ha convertido en sus esclavos. Ahora bien, él se atreve a denunciar a sus víctimas al tribunal de Dios e incluso, en su malevolencia, ¡exige su castigo! Vano requerimiento, pues por haber Cristo eliminado el pecado del mundo, los bautizados han vencido a Satanás «gracias a la sangre del Cordero» (Apocalipsis 12,11). El demonio no tiene ya ninguna propiedad sobre el alma redimida, ya no puede perjudicarla ni engañarla; como afirma san Agustín: «Satanás puede ladrar todavía, pero ya no puede morder». He ahí por qué san Pablo podía escribir a los fieles de Roma: «Y el Dios de la paz aplastará bien pronto a Satanás bajo vuestros pies» (Romanos 16,20).

Una última serie de textos opone a Satanás a Cristo, al igual que el relato inicial de la «Tentación», pero subrayando la derrota del enemigo: «ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí». (Juan 12, 31-32). Si el Diablo pierde su imperio, el Crucificado conquista el suyo salvando a los pecadores. Satanás incita a los hombres a matar a Jesús, pero por esa misma razón provoca su propia perdición y contribuye a la salvación del mundo

(Efesios 2, 1-10). La cruz es una victoria, porque acaba con la tiranía del Diablo sobre las almas (Apocalipsis 20, 1-3) y constituye a Cristo en «Señor de todos» (Romanos 10,12). Tras haber perdido la batalla, puede decirse de Satanás que «está juzgado», es decir, condenado (Juan 16,11; 1 Timoteo 3,6). Por cierto que esto no le impide alimentar un furor impotente, ahora que ha sido arrojado al «Abismo» (Apocalipsis 20,2; cf. Jueces 6) donde está encarcelado. Sus salidas no son ya tan peligrosas sino por el pasado, sus seducciones han perdido su eficacia...

Sin embargo, habrá un último sobresalto. Al fin de los tiempos, según 2 Tesalonicenses 2, 3-10, hay que esperar la «venida» y la «parusía» de un hombre inicuo, hombre de pecado, consagrado a la perdición, que encarna a todas las fuerzas del mal, y cuya función consiste en ser el Adversario de Cristo. Se atribuye él derechos divinos y «se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto» (4). Su orgullo es tal que desea hacerse adorar y llega «hasta el extremo de sentarse él mismo en el Santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios» (4). Esta manifestación es acompañada por milagros, por prodigios engañosos y por señales, de tal modo que este hombre dispone de un temible poder de extravío. Ahora bien, esta parusía «estará señalada por el influjo de Satanás» (9), el que entonces parece establecer su reino. Y no es así porque en este momento tiene lugar la parusía gloriosa y soberana del Señor Jesús, que hará que su adversario perezca «con el soplo de su boca» (8), o sea que lo arrojará «al estanque de fuego» (10) con todos sus agentes. La historia del mundo se cierra con este triunfo definitivo del Señor: «ha triunfado» (Apocalipsis 5,5). Sus discípulos son «los Victoriosos» (2, 7, 11, 17, 26, etc. 17, 26, etc.).

En resumen, Satanás no es en el Nuevo Testamento una representación simbólica, significante por ejemplo del mal en el mundo. Es un personaje real, determinado, cuyos rasgos son perfectamente coherentes, los de una criatura espiritual malvada que reina sobre los hombres. Su imaginería tradicional ha provisto diversas expresiones de él, a veces deformantes, pero ella tiene origen en los propios textos sagrados que no confundían en absoluto el significante y el significado y precisaban que había que comprender al «Diablo» en las representaciones de la Serpiente, el Dragón y la Bestia, prototipos de los animales más peligrosos.

Más aún, Satanás no es una pieza adicional o secundaria que pudiese ser eliminada sin perjuicio de la Revelación. Es el elemento esencial del misterio del mal. Es, primero y ante todo, el Adversario por excelencia, entendámoslo: un anticristo. El príncipe de este mundo se opone a la Primacía y a la Soberanía absoluta de Jesucristo. Este es el Salvador y el jefe de toda la economía de la salvación, y Satanás es el tentador que busca perder a los hombres. Jesús es el liberador, y Satanás arrastra a los pecadores a la esclavitud. Jesús es la vida, y Satanás es un asesino. Jesús es la verdad, y Satanás es un mentiroso, algo así como la hipóstasis de la mentira. Jesús es la caridad de Dios, colmada de benignidad y de misericordia, y Satanás es la maldad misma. Finalmente, Jesucristo, al disponer de la omnipotencia de Dios, es un rey vencedor, y el Satanás anticristo es juzgado, condenado, vencido. La fe cristiana no puede proclamar la Señoría

de Cristo sin también estar convencida de la derrota de su enemigo. Afiliarse a Jesucristo implica el renunciar a Satanás.

Nota biográfica:

Ceslas Spicq, nacido en 1901. Ingresa en la orden dominica en 1920. Profesor de exegesis del Nuevo Testamento en Saulchoir, y luego en la Universidad de Friburgo (Suiza). Ha publicado numerosos libros y artículos de exegesis. Citamos: en Vrin, *"Esquisse d´une histoire de l'exégèse latine au Moyen Age";* en Gabalda, *"Saint Paul: Les épîtres pastorales", "L´Epître aux Hébreux", "Théologie morale du Nouveau Testament", "Agape dans le Nouveau Testament (Analyse des textes")* (3 vol.); en Cerf: *"Vie morale et Trinité sainte", "Vie chrétienne et pérégrination", "Dieu et l'homme selon le Nouveau Testament".*